

COMENTARIO
MACARTHUR
DEL
NUEVO
TESTAMENTO

I PEDRO A JUDAS

Tomos del *Comentario al Nuevo Testamento* de John MacArthur

Mateo

Marcos

Lucas

Juan

Hechos

Romanos

1 y 2 Corintios

Gálatas, Efesios

Filipenses, Colosenses y Filemón

1 y 2 Tesalonicenses, 1 y 2 Timoteo, Tito

Hebreos y Santiago

1 Pedro a Judas

Apocalipsis

COMENTARIO
MACARTHUR
DEL
NUEVO
TESTAMENTO

I PEDRO A JUDAS

JOHN MACARTHUR



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de Editorial Portavoz consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: 1 Peter* © 2004 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: 2 Peter and Jude* © 2005 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: 1-3 John* © 2007 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: 1 Pedro a Judas* © 2017 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Ricardo Acosta

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, MI 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1570-8

1 2 3 4 5 edición / año 26 25 24 23 22 21 20 19 18 17

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Contenido

Comentario de 1 y 2 Pedro	7
Comentario de 1, 2 y 3 Juan.....	411
Comentario de Judas	659

I Y 2 PEDRO

Dedicatorias

1 Pedro

*A Louis Herwaldt, con gratitud por su liderazgo excepcional y generosidad al transmitir visión y fidelidad perdurables, a través de todos los años de lucha y sacrificio, hasta las actuales alegrías de su realización en el derramamiento de la gracia de Dios en The Master's College and Seminary.
¡No habríamos llegado hasta aquí sin su ayuda!*

2 Pedro

A Rick Holland, mi consiervo pastor en Grace Community Church, quien me anima siempre con su amistad leal, su servicio fiel, su liderazgo entusiasta, y su excepcional predicación expositiva.

Contenido

Prólogo.....	11
Introducción a 1 Pedro.....	12
1. Los elementos de la elección (1 P. 1:1-2).....	23
2. La herencia eterna del creyente (1 P. 1:3-5).....	38
3. El gozo de la salvación (1 P. 1:6-9).....	48
4. La grandeza de la salvación (1 P. 1:10-12).....	57
5. Respuesta del creyente a la salvación (1 P. 1:13-17).....	67
6. La maravilla de la redención (1 P. 1:18-21).....	77
7. El amor sobrenatural (1 P. 1:22-25).....	92
8. Desear con ganas la Palabra (1 P. 2:1-3).....	99
9. Privilegios espirituales. Primera parte: Unión con Cristo y acceso a Dios (1 P. 2:4-5).....	106
10. Privilegios espirituales. Segunda parte: Seguridad en Cristo, afecto por Cristo, decisión por Cristo y gobierno con Cristo (1 P. 2:6-9b).....	121
11. Privilegios espirituales. Tercera parte: Separación para Cristo, adquisición por parte de Cristo, iluminación en Cristo, compasión de Cristo y proclamación de Cristo (1 P. 2:9c-10).....	129
12. La vida cristiana ejemplar (1 P. 2:11-12).....	137
13. Sometimiento a la autoridad civil (1 P. 2:13-17).....	144
14. Sometimiento en el lugar de trabajo (1 P. 2:18-21a).....	155
15. El Jesús sufriente (1 P. 2:21b-25).....	163
16. Cómo ganar a un cónyuge no salvo (1 P. 3:1-7).....	173
17. Vivamos y amemos la buena vida (1 P. 3:8-12).....	181
18. Valores contra un mundo hostil (1 P. 3:13-17).....	191
19. El triunfo del sufrimiento de Cristo (1 P. 3:18-22).....	202
20. Cómo armarse contra el sufrimiento injusto (1 P. 4:1-6).....	219
21. Deber espiritual en un mundo hostil (1 P. 4:7-11).....	229
22. La prueba de fuego (1 P. 4:12-19).....	242
23. El pastoreo del rebaño (1 P. 5:1-4).....	255
24. Actitudes fundamentales de la mente cristiana (1 P. 5:5-14).....	266

Introducción a 2 Pedro.....	284
25. La fe preciosa del creyente. Primera parte: Origen, sustancia y suficiencia (2 P. 1:1-4)	297
26. La fe preciosa del creyente. Segunda parte: Su seguridad (2 P. 1:5-11)	312
27. Declaración del legado de Pedro (2 P. 1:12-15)	325
28. La Palabra segura (2 P. 1:16-21).....	331
29. Una descripción de los falsos maestros (2 P. 2:1-3 <i>a</i>)	342
30. Juicio divino sobre los falsos maestros (2 P. 2:3 <i>b</i> -10 <i>a</i>)	355
31. Criaturas nacidas para ser asesinadas (2 P. 2:10 <i>b</i> -22)	367
32. La certeza de la Segunda Venida (2 P. 3:1-10)	381
33. Cómo vivir en la anticipación del regreso de Cristo (2 P. 3:11-18)	397
Bibliografía	408

Prólogo

Para mí sigue siendo una experiencia gratificante de comunión divina predicar de manera expositiva a través del Nuevo Testamento. Mi meta es tener siempre un profundo compañerismo con el Señor en el entendimiento de su Palabra, y a partir de esa experiencia explicar a su pueblo lo que un pasaje bíblico significa. En las palabras de Nehemías 8:8, me esfuerzo por poner “el sentido” en las Escrituras para que las personas puedan oír realmente a Dios hablando, y que al hacerlo puedan a su vez contestarle.

Es evidente que el pueblo de Dios debe entenderle, lo cual exige conocer su Palabra de verdad (2 Ti. 2:15) y permitir que more en abundancia en nosotros (Col. 3:16). De ahí que la idea central de mi ministerio sea ayudar a hacer viva la Palabra de Dios a su pueblo. Se trata de una aventura reconfortante.

Esta serie de comentarios del Nuevo Testamento refleja el propósito de explicar y aplicar las Escrituras. Algunos comentarios son sobre todo lingüísticos, otros teológicos, y otros tienen que ver más con la homilética. En esencia este comentario es explicativo o expositivo. No es lingüísticamente técnico, pero tiene que ver con la lingüística cuando eso parece ayudar a la adecuada interpretación. No es teológicamente extenso, pero se enfoca en las principales doctrinas de cada texto y en cómo estas se relacionan con toda la Biblia. Ante todo, no es homilético, aunque por lo general a cada unidad de pensamiento se la trata como un capítulo, con un claro esquema y flujo lógico de pensamiento. La mayoría de las verdades se ilustran y se aplican con otras Escrituras. Después de establecer el contexto de un pasaje, he tratado de seguir de cerca el desarrollo y el razonamiento del escritor.

Oro pidiendo que cada lector comprenda bien lo que el Espíritu Santo está diciendo a través de este segmento de su Palabra, de modo que su revelación pueda alojarse en las mentes de los creyentes y así lograr una mayor obediencia y fidelidad para la gloria de nuestro gran Dios.

Introducción a 1 Pedro

A lo largo de sus casi dos milenios de existencia, la Iglesia de Jesucristo ha estado habituada al sufrimiento. El choque de la verdad con el error, del reino de la luz con el de las tinieblas, y de los hijos de Dios con los del diablo produce inevitablemente un conflicto grave. A través de los siglos la realidad frecuente de los creyentes ha sido la de oposición, rechazo, ostracismo, desprecio, maltrato y hasta martirio. Que el diabólico sistema mundial descargue su furia sobre la Iglesia no debería sorprender a nadie, porque así es cómo trató al Señor Jesucristo. Al describir la persecución que sus seguidores experimentarían, Jesús señaló esta indiscutible verdad: “El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor. Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?” (Mt. 10:24-25).

Siglos antes de su nacimiento, Isaías predijo que Cristo sería “despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto” (Is. 53:3). El apóstol Juan indicó el rechazo hacia el Señor por parte del mundo pecador: “En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Jn. 1:10-11). Jesús dijo claramente a sus discípulos que iría a padecer y a morir. Mateo 16:21 expresa que “desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día” (cp. 17:12; Mr. 8:31; 9:12; Lc. 9:22; 17:25; 22:15; 24:26, 46; Hch. 1:3; 3:18; 17:3; 26:23; He. 2:10, 18; 5:8; 13:12; 1 P. 1:11; 2:21, 23; 4:1; 5:1).

Al no poder atacar a Jesús después de la resurrección, los enemigos de la verdad agredieron a los seguidores de Cristo. Incómodas por el crecimiento fenomenal de los discípulos, las autoridades judías intentaron desesperadamente y en vano acabar con la recién formada iglesia. Hechos 4:1-3 registra que

Hablando ellos [Pedro y Juan] al pueblo, vinieron sobre ellos los sacerdotes con el jefe de la guardia del templo, y los saduceos, resentidos de que enseñasen al pueblo, y anunciasen en Jesús la resurrección de entre los muertos. Y les echaron mano, y los pusieron en la cárcel hasta el día siguiente, porque era ya tarde.

Al día siguiente el concilio les ordenó dejar de predicar en el nombre de Jesús (4:5-21). Sin desanimarse, los apóstoles siguieron predicando el evangelio, y como resultado, “levantándose el sumo sacerdote y todos los que estaban con él, esto es, la secta de los saduceos, se llenaron de celos; y echaron mano a los apóstoles y los pusieron en la cárcel pública” (5:17-18). Milagrosamente liberados de la cárcel, Pedro y Juan fueron al templo y reanudaron la predicación del evangelio (5:19-25). Arrastrados ante el concilio por segunda vez, a los apóstoles les ordenaron de nuevo que dejaran de predicar en el nombre de Jesús, amenaza reforzada esta vez con latigazos (5:26-40). Esteban, un predicador elocuente y audaz, enfrentó oposición (6:9-11), arresto, juicio ante el concilio (6:12—7:56), y martirio (7:57-60). La primera persecución dirigida a la Iglesia como un todo estalló tras el martirio de Esteban (8:1-4; 9:1-2; 11:19). Esta fue encabezada por Saulo de Tarso, un joven y celoso judío, quien se convertiría en el apóstol Pablo. Más tarde el malvado rey Herodes mandó matar a Santiago el hermano de Juan y arrestó a Pedro, solo para ver a este último liberado milagrosamente de la cárcel por parte de un ángel (12:1-11).

Después de su dramática conversión mientras se dirigía a Damasco (9:3-18), Pablo, anteriormente el más feroz perseguidor de la Iglesia, se convirtió en su más celoso misionero. El Señor estableció el curso del ministerio de Pablo cuando le manifestó a Ananías: “Yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre” (Hch. 9:16). Y padeció, casi desde el mismo instante de su conversión (cp. Hch. 9:20-25). Mientras viajaba por todo el Imperio Romano proclamando con valor la fe que una vez intentó destruir (Gá. 1:23), Pablo enfrentó continua aflicción e implacable oposición (Hch. 14:5-6, 19-20; 16:16-40; 17:5-9, 13-14, 18, 32; 18:12-17; 19:9, 21-41; 20:3, 22-23; 21:27-36; 23:12—24:9; 25:10-11; 27:1—28:28; cp. 1 Ts. 2:2; 2 Ti. 1:12; 2:9-10; 3:11). No sorprende que el sufrimiento fuera un tema importante en sus epístolas (p. ej., Ro. 8:17-18; 2 Co. 1:5-7; Fil. 1:29; 3:8-10; 1 Ts. 2:14; 2 Ts. 1:5; 2 Ti. 1:8; 2:3).

Con el paso del tiempo, la persecución de la iglesia se volvió más organizada, generalizada y sanguinaria. Lo que comenzó como sucesos aislados de las autoridades judías, o de turbas judías y gentiles, poco a poco se desarrolló dentro de la política oficial del gobierno romano, que veía el rechazo de los cristianos a participar en la religión estatal como una forma de rebelión. Tres siglos de persecuciones cada vez más crueles y generalizadas culminaron a principios del siglo IV en el intento sin cuartel del emperador Diocleciano de acabar con la Iglesia. En un cambio sorprendente de este acoso, en el año 313 d.C., el emperador Constantino, junto con Licinio, el gobernador de la parte oriental del imperio, publicó el edicto de Milán, que concedía total tolerancia para la fe cristiana.

Bajo la Iglesia Católica Romana que reemplazó a la Roma imperial como la potencia dominante en la Edad Media, la persecución se desató de nuevo. Los horrores de la Inquisición, la Masacre de San Bartolomé, y los martirios

de hombres como Jan Hus, Hugh Latimer, Nicholas Ridley, Thomas Cranmer y William Tyndale personificaron el esfuerzo de la Iglesia Romana por exterminar el evangelio de Jesucristo. Más recientemente, cristianos han sido brutalmente reprimidos por regímenes comunistas e islámicos en todo el mundo.

Mientras Pedro escribía esta epístola, ya se estaban acumulando los siniestros nubarrones del primer gran estallido de persecución oficial instigada por el demente emperador Nerón. Como necesitaba chivos expiatorios para desviar las sospechas de los habitantes de que él había iniciado el gran incendio de julio del 64 d.C. que devastó a Roma, Nerón culpó a los cristianos, a quienes ya había percibido como enemigos de Roma debido a que no adorarían sino a Cristo. Como resultado los recubrieron de cera y los quemaron en la hoguera, los crucificaron, y los arrojaron a bestias salvajes. Aunque según parece la persecución oficial estaba confinada a la vecindad de Roma, los ataques a los cristianos sin duda alguna se extendieron sin control de las autoridades a otras partes del imperio. Fue a consecuencia de la persecución de Nerón que tanto Pedro como Pablo murieron martirizados. Sin embargo, antes de morir, Pedro escribió esta magnífica epístola para los creyentes que cuyo sufrimiento se intensificaría pronto. A lo largo de los siglos los cristianos asediados se han beneficiado del consejo sabio y de las amables y alentadoras palabras de consuelo del apóstol.

AUTOR

Pedro era el líder y portavoz reconocido de los Doce; su nombre encabeza las cuatro listas de los apóstoles en el Nuevo Testamento (Mt. 10:2-4; Mr. 3:16-19; Lc. 6:13-16; Hch. 1:13). Pedro y su hermano Andrés (quien le llevó a Jesús [Jn. 1:40-42]) se dedicaban al negocio de la pesca en el lago de Galilea (Mt. 4:18; Lc. 5:1-3). Originalmente eran de la aldea de Betsaida (Jn. 1:44), pero más tarde se mudaron a la ciudad cercana más grande de Capernaúm (Mr. 1:21, 29). El negocio de los hermanos era próspero, y les permitió poseer una casa espaciosa en esta ciudad (Mr. 1:29, 32-33; Lc. 4:38). Pedro era casado; Jesús sanó a su suegra (Lc. 4:38-39); además su esposa lo acompañaba en sus viajes misioneros (1 Co. 9:5).

El nombre de pila de Pedro era Simón, nombre común en la Palestina del siglo I. (En el Nuevo Testamento se mencionan otros ocho Simón: Simón el zelote o cananista [Mt. 10:4]; Simón el medio hermano del Señor [Mt. 13:55]; Simón el leproso [Mt. 26:6]; Simón de Cirene, a quien escogieron para llevar la cruz de Jesús [Mt. 27:32]; Simón el fariseo, en cuya casa Jesús cenó [Lc. 7:36-40]; Simón el padre de Judas Iscariote [Jn. 6:71]; Simón el mago [Hch. 8:9-24]; y Simón el curtidor, con quien Pedro se quedó en Jope [Hch. 9:43].) El nombre completo de Pedro era Simón Barjonás (Mt. 16:17), literalmente “Simón hijo de Jonás” (o Juan; cp. Jn. 1:42). En su primer encuentro, Jesús lo

llamó Cefas (Jn. 1:42; cp. 1 Co. 1:12; 3:22; 9:5; 15:5; Gá. 1:18; 2:9, 11, 14), que es el nombre arameo para “roca”; “Pedro” es su equivalente griego (Jn. 1:42).

En ocasiones a Pedro se le llamó “Simón” en ambientes seculares o neutrales (p. ej. en referencia a su casa [Mr. 1:29; Lc. 4:38], a su suegra [Mr. 1:30; Lc. 4:38], o su negocio [Lc. 5:3, 10]). En tales momentos el uso del nombre no tenía insinuaciones espirituales. Pedro fue llamado “Simón” para resaltar los errores clave en su vida, aquellos momentos en que actuaba como su ego no regenerado.

En Mateo 17:24-25, Pedro confiadamente aseguró a los recaudadores de impuestos que Jesús pagaría el gravamen de dos dracmas para el mantenimiento del templo. Recordándole que como Hijo de Dios, Él estaba exento de pagar el impuesto, Jesús se dirigió a Pedro como “Simón” (v. 25). Afligido por la incapacidad de Pedro de mantenerse despierto con Él durante la agonía en Getsemaní, Jesús le dijo: “Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora?” (Mr. 14:37). Después de usar la barca de Pedro como plataforma desde la cual enseñó a las multitudes, Jesús le dijo: “Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar” (Lc. 5:4). Pedro se mostró escéptico y reacio para seguir el consejo del Señor; después de todo, Jesús era rabino, no pescador. Sin duda de alguna manera exasperado, dijo: “Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red” (v. 5). La asombrosa redada de peces que resultaron de su obediencia (vv. 6-7) abrió los ojos de Pedro a la realidad de la deidad de Jesús, por tanto Lucas lo llamó por su nuevo nombre: “Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” (v. 8). Tras un acalorado debate entre los Doce sobre cuál de ellos era el más grande, Jesús advirtió al orgulloso y presumido Pedro su traición inminente: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo” (Lc. 22:31).

Después de la resurrección, Jesús llamó “Simón” a Pedro por última vez. Cansado de esperar que el Señor se apareciera (Mt. 28:7), Pedro anunció de manera impulsiva: “Voy a pescar” (Jn. 21:3). En obediencia a su líder, el resto de los discípulos dijeron: “Vamos nosotros también contigo” (v. 3). Pero aquellos a quienes Jesús llamó a ser pescadores de hombres (Mt. 4:19) no se les permitió volver a ser recogedores de peces, “y aquella noche no pescaron nada” (v. 3). A la mañana siguiente Jesús se reunió con el frustrado equipo en la playa, donde les preparó desayuno. Después Jesús preguntó tres veces a Pedro: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?” (Jn. 21:15-17), y en todas las tres ocasiones este reafirmó su amor por el Señor.

Unas semanas después, el Espíritu Santo descendió sobre Pedro y el resto de los apóstoles, y de ahí en adelante la “Roca” vivió a la altura de su nombre. El apóstol tomó la iniciativa en buscar un reemplazo para Judas Iscariote (Hch. 1:15-26), valientemente predicó el evangelio (2:14-40; 3:12-26), realizó sanidades milagrosas (3:1-9; 5:12-16), confrontó audazmente a las autoridades judías

(4:8-20), y sin vacilación alguna disciplinó a miembros pecadores de la Iglesia (5:1-11). Fue Pedro quien confrontó a Simón el mago, diciéndole sin rodeos: “Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero” (Hch. 8:20). Fue a través del ministerio de Pedro que las puertas de la Iglesia se abrieron a los gentiles (Hch. 10:1-11:18).

Después de su aparición ante el concilio en Jerusalén (Hch. 15:7-12), Pedro casi desaparece del registro histórico del Nuevo Testamento hasta que escribió sus epístolas. Por el relato de Pablo acerca de la confrontación que tuvieron, es evidente que Pedro visitó Antioquía (Gá. 2:11-21), y la referencia a la disensión de Pedro en Corinto (1 Co. 1:12) sugiere que también pudo haber visitado esa ciudad. Como ya se registró, Pablo hizo alusión a los viajes misioneros de Pedro en 1 Corintios 9:5, pero la extensión de tales viajes no se conoce. Que el apóstol dirigiera 1 Pedro a iglesias en regiones específicas de Asia Menor (véase el análisis posterior bajo “Destino y lectores”) podría indicar que había predicado en esas regiones.

La fuerte tradición de la iglesia primitiva ubica a Pedro en Roma al final de su vida. Es evidente que Pedro no estaba allí cuando Pablo escribió a los romanos (aprox. 57 d.C.), puesto que su nombre no aparece en la lista de personas a las que Pablo saludó (Ro. 16:1-15). Tampoco es probable que Pedro estuviera en Roma durante el primer encarcelamiento de Pablo, ya que no se lo menciona en las Epístolas de la Prisión (Efesios, Filipenses, Colosenses, Filemón), que fueron escritas en ese tiempo. Lo más probable es que Pedro llegara a Roma después que Pablo fuera liberado de su primer arresto romano. Fue allí que Pedro, al igual que Pablo, sufrió el martirio relacionado con la persecución de Nerón. Puesto que Nerón murió en el 68 d.C., la crucifixión cabeza abajo de Pedro, como sostiene la tradición, debió producirse sin duda antes de esa fecha.

A pesar de la circulación de falsificaciones que afirman ser escritas por Pedro (p. ej. el Evangelio de Pedro, Los Hechos de Pedro, y el Apocalipsis de Pedro), la iglesia primitiva nunca dudó que el apóstol escribiera 1 Pedro. La primera afirmación de eso viene en 2 Pedro, que él mismo describió como la segunda carta que había dirigido a sus lectores (2 P. 3:1). Hay comentarios acerca de que las palabras y las frases de 1 Pedro en tales escritos de fines del siglo I e inicios del siglo II pertenecen a la Epístola de Bernabé, la Primera Epístola de Clemente (que usa varias palabras griegas que no se encuentran en ninguna parte del Nuevo Testamento excepto en 1 Pedro), el Pastor de Hermas, y las Cartas de Ignacio. La obra antigua existente que en realidad cita de 1 Pedro es la Epístola de Policarpo a los Filipenses, probablemente escrita en la segunda década del siglo II. A mediados del siglo II, Justino Mártir pudo haber sabido de 1 Pedro; a finales de los siglos II y III, Ireneo, Tertuliano y Clemente de Alejandría definitivamente atribuyeron 1 Pedro al apóstol Pedro. Al resumir el punto de vista de la iglesia primitiva sobre la autenticidad de 1 Pedro, el historiador del siglo IV

Eusebio de Cesarea escribió: “Las obras que se llaman de Pedro, de las que sólo una epístola se conoce como auténtica y admitida entre los antiguos ancianos, son las ya mencionadas” (*Historia Eclesiástica* 3.3).

No obstante, a pesar del claro testimonio de la iglesia primitiva, incrédulos modernos escépticos, niegan la autenticidad de 1 Pedro, igual que hacen con la mayoría de los otros libros del Nuevo Testamento. Algunos ven en el libro una dependencia servil en los escritos de Pablo, y sostienen que no pudo haber caracterizado un verdadero escrito de Pedro, quien en sí era un eminente apóstol. Es cierto que Pedro conocía al menos algunos de los escritos de Pablo, puesto que se refiere a ellos en 2 Pedro 3:16. Sin embargo, las semejanzas entre 1 Pedro y las epístolas de Pablo no son tan grandes como para exigir dependencia literaria, en especial entre dos hombres que enseñaron la misma verdad apostólica (cp. Hch. 2:42). E.G. Selwyn advierte sabiamente:

El vocabulario del N. T. no es muy amplio; y es limitada la cantidad de palabras disponibles para expresar una idea en particular. Por consiguiente, a menudo los paralelismos verbales no tienen otra razón que el hecho de que la palabra en cuestión era la obvia y natural para ser usada en las circunstancias. Las ideas en sí no son infinitamente numerosas; debido a que forman parte, o se derivan de, un evangelio definido... que era la razón de ser de la Iglesia Cristiana y de su fe (*The First Epistle of St. Peter* [Londres: Macmillan, 1961], p. 8).

Otros sostienen que Pedro, un compañero de Jesús, habría incluido más recuerdos personales del Señor en su epístola. Pero es precisamente la *presencia* de tales recuerdos en 2 Pedro lo que hace que los críticos rechacen su autenticidad (cp. 2 P. 1:16-18; 3:2). Ellos no pueden tocar en dos pianos a la vez. Tampoco tales recuerdos faltan por completo en 1 Pedro (5:1; cp. 5:2 con Jn. 21:16; 5:5 con Jn. 13:3-5). En un tema relacionado, 1 Pedro contiene paralelismos sorprendentes con sermones de Pedro registrados en Hechos (cp. 1:10-12 con Hch. 3:18; 1:17 con Hch. 10:34; 1:20 con Hch. 2:23; 1:21 con Hch. 2:32; 2:4, 7 con Hch. 4:11; 3:22 con Hch. 2:33; 4:5 con Hch. 10:42; el uso de *xulon* [“cruz”; lit., “madero”] en 2:24 y Hch. 5:30 y 10:39).

Otro argumento esgrimido por quienes rechazan la autoría petrina es que la persecución a la vista en 1 Pedro se realizó bajo el emperador Trajano (98-117 d.C.). Eso, por supuesto, fue mucho después de la vida del apóstol y, por tanto, él no pudo ser el autor de esta epístola. Señalan que Plinio, gobernador romano de Bitinia, escribió al emperador Trajano preguntándole en parte “si el nombre mismo [cristiano], aunque inocente de delito, debería castigarse, o únicamente los delitos vinculados a ese nombre” (citado en Henry Bettenson, *Documents of the Christian Church* [Londres: Oxford Univ., 1967], p. 3). Los críticos ven eso

como el trasfondo para la amonestación de Pedro de que “si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello” (4:16). Sin embargo, el concepto de sufrir por el nombre de Cristo no era nuevo a 1 Pedro, y fue presentado por el mismo Jesús. En Marcos 13:13 Él advirtió a sus seguidores: “Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre”. Después de ser golpeado por el concilio, los apóstoles “salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre” (Hch. 5:41; cp. 9:16; Mt. 5:11; 10:22; 24:9).

Pero el argumento más elocuente para quienes rechazan la autenticidad de 1 Pedro es el lingüístico. Insisten en que un simple pescador galileo cuya lengua nativa era el arameo no pudo haber escrito el griego fluido y pulido de 1 Pedro, sobre todo siendo un hombre descrito en Hechos 4:13 como “sin letras y del vulgo”. Un argumento consecuente es que Pedro, no hablante griego nativo, no habría citado de la Septuaginta, como lo hace el escritor de 1 Pedro.

Existen buenas respuestas para cada uno de esos argumentos. Primera, algunos han exagerado las afinidades clásicas del griego de 1 Pedro. Segunda, la epístola contiene expresiones semíticas coherentes con la educación judía de Pedro. Tercera, Pedro era de Galilea, que incluso en la época de Isaías era conocida como “Galilea de los gentiles” (Is. 9:1). El griego, junto con el arameo y el hebreo, se hablaba comúnmente en toda Palestina (Robert L. Thomas y Stanley N. Gundry, *A Harmony of the Gospels* [Chicago: Moody, 1979], pp. 309ss.). Eso era específicamente cierto en Galilea, donde la influencia griega era fuerte, y cuyo territorio estaba cerca de la región gentil conocida como Decápolis. Siendo hombre de negocios en Galilea, casi con seguridad Pedro conocía el griego. Además, Pedro (Hch. 15:14) y sus compañeros galileos Andrés y Felipe tenían nombres griegos. Mateo y Santiago, también galileos, escribieron libros del Nuevo Testamento en excelente griego. Cuarta, Pedro escribió esta epístola después de tres décadas de viajar y ministrar entre personas en gran medida de habla griega, lo que le habría dado una mayor habilidad con el idioma griego. Quinta, para Pedro era natural citar la Septuaginta, ya que esa era la versión más conocida de sus lectores. Sexta, la frase “sin letras y del vulgo” en Hechos 4:13 no significa que Pedro fuera iletrado, sino más bien que era un laico, sin preparación rabínica (cp. Jn. 7:15). Tampoco son los eruditos los únicos que pueden producir grandes obras literarias; por ejemplo, John Bunyan, autor de una de las obras más fabulosas, *El progreso del peregrino*, era un humilde hojalatero (alguien que reparaba utensilios caseros). Por último, era común que escritores antiguos usaran amanuenses, o secretarios, para que les ayudaran a escribir sus libros. Aunque Pablo era un erudito muy bien educado (Hch. 26:24), hizo uso de uno de tales amanuenses (Ro. 16:22; cp. 1 Co. 16:21; Col. 4:18; 2 Ts. 3:17). Pedro también usó uno para escribir 1 Pedro, dictando su carta a Silvano (5:12), quien pudo pulir, bajo la supervisión de Pedro, el estilo literario del apóstol.

Quienes niegan la autoría de Pedro alegan que 1 Pedro o era una carta anónima a la que de alguna manera se relacionó su nombre, o más la obra apócrifa de un “falsificador piadoso” que anexó el nombre de Pedro a su carta en un intento de investirla con autoridad apostólica. Pero tales afirmaciones engañosas están llenas de abrumadores inconvenientes. Quienes afirman que originalmente la carta fue anónima sostienen que la introducción y la conclusión fueron añadidas más tarde para hacerla aparecer como si Pedro la hubiera escrito. Pero es difícil imaginar cómo una carta que había estado circulando anónimamente de repente pudo haber tenido el nombre de Pedro agregado a ella sin levantar sospechas en las iglesias a las que fue dirigida. Tampoco hay evidencia en algún manuscrito antiguo de que 1 Pedro circulara sin introducción ni conclusión.

Otra versión del punto de vista del “falsificador piadoso” sostiene que un individuo utilizó el nombre de Pedro, no para engañar, sino como un inofensivo recurso literario que sus lectores habrían entendido. Pero a esa teoría no le va mejor, como señala Donald Guthrie:

Es imposible elaborar un caso inteligible para el uso de pseudónimo en 1 Pedro. El hecho de que el propósito del autor fuera alentar significa que las relaciones personales entre lectores y escritor jugarían una parte mucho más importante que la autoridad apostólica. ¿Por qué el autor, si no fue Pedro, no publicó sus estímulos en su propio nombre? Parece no haber respuesta satisfactoria a esta pregunta. La epístola no trata con alguna herejía que podría haber requerido autoridad apostólica para refutarla. Por otra parte, la mención de Silas y Marcos no puede considerarse como parte de la maquinaria para atribución de un nombre falso, porque un falso Pedro sin duda evitaría asociar tan de cerca con Pedro a aquellos que, según Hechos y las epístolas paulinas, eran asociados de Pablo (*New Testament Introduction* [4ª edición revisada; Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1990], p. 778).

La afirmación de que el uso de pseudónimos era un recurso literario aceptado también es falsa; la iglesia primitiva no aprobaba las supuestas falsificaciones piadosas. Pablo advirtió de cartas falsas que pretendían venir de parte de él (2 Ts. 2:2), y dio pasos para autenticar las suyas (1 Co. 16:21; Col. 4:18; cp. 2 Ts. 3:17). Tertuliano, uno de los padres de la iglesia primitiva, escribió acerca del líder de una iglesia que fue destituido del cargo por falsificar un documento en nombre de Pablo, aunque lo hizo por amor a Pablo (*On Baptism*, XVII; *The Ante-Nicene Fathers* [reimpreso; Grand Rapids: Eerdmans, 1973], 3:677). D. A. Carson, Douglas J. Moo y Leon Morris advierten que “no debemos enfocar las epístolas del Nuevo Testamento como si fuera algo común para los primeros cristianos escribir cartas a nombre ajeno. Hasta donde sabemos, no existe una

de tales cartas que surja de cristianos de cualquier lugar cerca del período del Nuevo Testamento” (*An Introduction to the New Testament* [Grand Rapids: Zondervan, 1992], p. 368. Para un estudio a fondo del tema de los pseudónimos, véase pp. 367-71; véase también Thomas R. Schreiner, *1, 2 Peter, Jude*, The New American Commentary [Nashville: Broadman & Holman, 2003], pp. 270-73).

A pesar de los reparos de los críticos, la evidencia apoya fuertemente la afirmación de propiedad de que la carta fue escrita por “Pedro, apóstol de Jesucristo” (1:1).

DESTINO Y LECTORES

Pedro dirigió su epístola a los cristianos residentes en “Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia” (1:1), regiones dentro del Imperio Romano que hoy día forman parte de Turquía. El orden en que se nombran podría reflejar la ruta que el portador de la carta (Silvano, 5:12) siguió cuando la entregó. No se sabe a ciencia cierta cómo se extendió el evangelio a esas regiones. Pablo ministró en al menos parte de Galacia y Asia, pero no hay constancia de su obra evangelizadora en Ponto, Capadocia o Bitinia. Es más, el Espíritu Santo le prohibió entrar a Bitinia (Hch. 16:7). Podría ser que los convertidos por Pablo fundaran algunas de las iglesias (cp. Hch. 19:10, 26); y otras las podrían haber fundado aquellos que se convirtieron el día de Pentecostés (cp. Hch. 2:9). Pedro también pudo haber ministrado en esas regiones, aunque no hay registro de eso en Hechos. Las congregaciones consistían sobre todo de gentiles (cp. 1:14, 18; 2:9-10; 4:3-4), pero indudablemente también incluían a algunos judíos cristianos.

FECHA Y LUGAR DEL ESCRITO

Tres posibles ubicaciones se han sugerido para la “Babilonia” desde donde Pedro escribió (5:13). Algunos abogan por la antigua ciudad de Babilonia en Mesopotamia, pero esa región estaba escasamente poblada en la época de Pedro. Es poco probable que tanto él como Marcos y Silvano hubieran estado allí al mismo tiempo. Otros señalan a Babilonia en el río Nilo en Egipto. Sin embargo, este era poco más que un puesto militar romano, y también es poco probable que Pedro (junto con Marcos y Silvano) hubiera establecido residencia allí. “Babilonia” es más probable un nombre secreto para Roma, escogido por el libertinaje y la idolatría de la capital imperial (que caracterizará a la Babilonia de los últimos tiempos; cp. Ap. 17, 18). Con la persecución acercándose en el horizonte, Pedro debió tener cuidado de no poner en peligro a los cristianos en Roma, quienes podrían haber enfrentado más dificultades si las autoridades romanas hubieran descubierto la carta. La fuerte asociación de Pedro con Roma en la tradición temprana apoya el punto de vista de que el apóstol escribió 1 Pedro desde Roma.

La fecha más probable para 1 Pedro es justo antes de la persecución de Nerón, que siguió al gran incendio que destruyó Roma en el verano del 64 d.C. La ausencia de alguna referencia al martirio hace menos probable que la epístola fuera escrita después que la persecución empezara, ya que para entonces habrían dado muerte a numerosos cristianos.

TEMA Y PROPÓSITO

El propósito expresado de Pedro para escribir su epístola fue que sus lectores estuvieran firmes en la verdadera gracia de Dios (5:12) frente a la escalada de persecución y sufrimiento. Para ese fin les recordó la decisión que tomaron y la esperanza segura de su herencia celestial, les delineó los privilegios y las bendiciones de conocer a Cristo; además el apóstol les dio instrucciones sobre cómo comportarse en un mundo hostil, y les señaló el ejemplo del padecimiento de Cristo. Pedro quería que sus lectores vivieran de manera triunfal en medio de la hostilidad, sin abandonar la esperanza, sin amargarse, sin perder la fe en Cristo, y sin olvidar la Segunda Venida. Al obedecer la Palabra de Dios a pesar del antagonismo del mundo, las vidas cristianas testificarán de la verdad del evangelio (2:12; 3:1, 13-17).

BOSQUEJO

Saludo (1:1-2)

- I. Los cristianos que sufren deben recordar su gran salvación (1:3—2:10)
 - A. La seguridad de la salvación (1:3-12)
 - 1. Está preservada por el poder de Dios (1:3-5)
 - 2. Está probada por los sufrimientos de Dios (1:6-9)
 - 3. Fue predicha por los profetas de Dios (1:10-12)
 - B. Las consecuencias de la salvación (1:13—2:10)
 - 1. La prioridad de la santidad (1:13-23)
 - 2. El poder de la Palabra (1:24—2:3)
 - 3. El sacerdocio de los creyentes (2:4-10)
- II. Los cristianos que sufren deben recordar su ejemplo delante de los hombres (2:11—4:6)
 - A. Al vivir con honor delante de incrédulos (2:11—3:7)
 - 1. Sumisión en el ámbito cívico (2:11-17)
 - 2. Sumisión en el lugar de trabajo (2:18-25)
 - 3. Sumisión en la familia (3:1-7)
 - B. Al vivir con honor delante de creyentes (3:8-12)
 - C. Al vivir con honor en medio del sufrimiento (3:13—4:6)
 - 1. El principio de sufrir por la justicia (3:13-17)

- 2. El modelo de sufrir por la justicia (3:18-22)
- 3. El propósito de sufrir por la justicia (4:1-6)
- III. Los cristianos que sufren deben recordar que su Señor regresará (4:7—5:11)
 - A. Las responsabilidades de la vida cristiana (4:7-11)
 - B. La realidad del padecimiento cristiano (4:12-19)
 - C. Requisitos para el liderazgo cristiano (5:1-4)
 - D. Consecución de la victoria cristiana (5:5-11)
- Conclusión (5:12-14)

Los elementos de la elección

1

Pedro, apóstol de Jesucristo, a los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas. (1:1-2)

Aunque este es el punto de partida de la historia de la redención, puede parecer sorprendente iniciar una epístola haciendo referencia a la doctrina de la elección, pero eso es exactamente lo que el apóstol Pedro hace (cp. Ef. 1:1-5 y Tit. 1:1-2, donde Pablo empieza de igual modo). Y lo hace sin vacilar, después de las identificaciones de apertura, con la palabra **elegidos** (v. 2). Así Pedro empieza su carta escribiendo de una de las doctrinas más controversiales y odiadas, y lo hace sin vacilación, sin disculparse, sin esfuerzo destinado a paliar, y sin ninguna explicación o postergación a argumentos en contra. Declara esta verdad de la soberana elección por lo que es: una realidad reconocida y creída entre los apóstoles y en la Iglesia. Sin embargo, hoy esta doctrina innegablemente verdadera es cuestionada por muchos y despreciada por muchos otros. Arthur W. Pink, maestro bíblico y prolífico escritor teológico de origen británico que murió en 1952, escribió esto acerca de las opiniones sobre la soberanía de Dios y, en consecuencia, la doctrina adicional de la elección divina:

Somos muy conscientes de que lo que hemos escrito está en abierta oposición con gran parte de la enseñanza actual tanto en la literatura religiosa como en los púlpitos típicos de la nación. Reconocemos que los postulados de la soberanía de Dios con todos sus corolarios están en desacuerdo directo con las opiniones y pensamientos del hombre natural. No obstante, la verdad es que el hombre natural es *incapaz* de pensar en estos asuntos: no es competente para formar una valoración adecuada del carácter y de las maneras en que Dios se manifiesta; y por esto Él nos ha dado una revelación de *su* mente, en que declara explícitamente: “Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis

pensamientos más que vuestros pensamientos” (Is. 55:8-9). En vista de este pasaje, solo es de esperar que gran parte de los contenidos de la Biblia *entre en conflicto* con los sentimientos de la mente carnal, que está en *enemistad* contra Dios. Nuestro llamado entonces no es a las creencias populares de la época, ni a los credos de las iglesias, sino a la ley y el testimonio de Jehová. Lo único que pedimos es un examen imparcial y atento a lo que hemos escrito, y eso hecho en oración a la luz de la Lámpara de Verdad (*The Sovereignty of God*, edición revisada [Edinburgh: Banner of Truth, 1961], p. 19; cursivas en el original).

Según revela el análisis todavía relevante de Pink, es imperativo que los cristianos entiendan y aprecien plenamente esta enseñanza tan vital y crucial. Pedro expone las repercusiones teológicas y prácticas de la elección divina en siete categorías: la condición, la naturaleza, el origen, la esfera, el efecto, la seguridad y las ventajas de la elección.

LA CONDICIÓN DE LA ELECCIÓN

Pedro, apóstol de Jesucristo, a los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, (1:1)

Pedro, el autor inspirado, se identifica como **apóstol de Jesucristo**. Otros versículos del Nuevo Testamento también identifican a Pedro como un apóstol y, al poner su nombre a la cabeza de todas las listas de los apóstoles de Jesús (Mt. 10:2; Mr. 3:16; Lc. 6:14; Hch. 1:13), destacan que él era el líder de los Doce.

La intención de Pedro en esta primera parte de su saludo no solo fue identificar a sus lectores en cuanto a su origen celestial, como escogidos de Dios, sino también en cuanto al estado que tenían como residentes terrenales. El apóstol describe a sus lectores en esta condición terrenal como **expatriados**. *Parepidēmois* (**expatriados**) puede designar a quienes son residentes temporales, o a quienes son extranjeros o refugiados (cp. Gn. 23:4; Éx. 2:22; 22:21; Sal. 119:19; Hch. 7:29; He. 11:13). El apóstol los identifica además como personas que pertenecían a la **dispersión** en varios lugares. **Dispersión** se traduce de *diáspora*, de donde se deriva otro término castellano: *dispersos*. Comentarios, obras teológicas, y escritos sobre historia bíblica a menudo transcriben *diáspora* y la usan de forma intercambiable con **dispersión**. En sus otras dos apariciones en el Nuevo Testamento, *diáspora* es un término técnico que se refiere a la diseminación de los judíos a través del mundo a causa de los cautiverios asirio y babilonio. En ambos casos la palabra tiene el artículo definido (Jn. 7:35; Stg. 1:1). Sin embargo, aunque Pedro sí incluye aquí el artículo definido, es mejor interpretar el término como una referencia no técnica a creyentes muy dispersos geográficamente.

Aunque Dios llamó a Pedro a ser el **apóstol** a los judíos (Gá. 2:7), la ausencia del artículo definido con la *diáspora* argumenta que en su saludo Pedro no se estaba dirigiendo como tal a judíos. Otro pasaje apoya esa interpretación. En 2:11 identifica a sus lectores, no de manera racial o nacional sino espiritual: “Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma”. Por tanto, el apóstol no solamente se dirigió a judíos que estaban dispersos de su tierra natal, sino a creyentes gentiles, quienes espiritualmente eran **expatriados** en el mundo.

La Iglesia está compuesta de extranjeros y peregrinos esparcidos por todo el planeta, lejos de su verdadero hogar en el cielo (cp. Fil. 3:20; He. 11:13-16; 13:14). Específicamente, Pedro se estaba dirigiendo a las iglesias en **Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia**, todas provincias de Asia Menor (la moderna Turquía) en esa época. **Ponto** se hallaba en el extremo norte, y algunos de sus peregrinos judíos estuvieron en Jerusalén durante los acontecimientos extraordinarios de Pentecostés (Hch. 2:9). La provincia también era el hogar de Aquila (Hch. 18:2), el judío que junto con su esposa Priscila se hicieron cristianos en Roma y después ministraron al lado de Pablo (Hch. 18:18). **Galacia** estaba en Asia Menor central y contenía las poblaciones de Derbe, Listra e Iconio, donde Pablo ministró varias veces (Hch. 14:1-13; 16:1-5; 18:23). **Capadocia** estaba ubicada en la sección este de Asia Menor, al norte de Cilicia, y también se la menciona en relación con los peregrinos de Hechos 2:9. **Asia** incluía la mayor parte del occidente de Asia Menor y contenía tales divisiones como Misia, Lidia, Caria y gran parte de Frigia. La provincia fue el sitio de un ministerio extenso de Pablo en su tercer viaje: “Todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús” (Hch. 19:10) y se mencionan otros doce lugares en Hechos. **Bitinia** se localizaba en el noroeste de Asia Menor cerca del Bósforo, el estrecho que separa las secciones europea y asiática de la moderna Turquía. A esta provincia se alude solo en otro sitio en el Nuevo Testamento, cuando el Espíritu Santo, durante el segundo viaje misionero de Pablo, le prohibió entrar en ella (Hch. 16:7).

Según indican las regiones geográficas que Pedro menciona en su saludo, esta carta tuvo amplia circulación. Sin duda, en cada una de esas regiones las iglesias recibieron y leyeron la epístola. Por ejemplo, había al menos siete iglesias en Asia Menor (Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea) que treinta años más tarde recibieron revelación especial del mismo Cristo resucitado (Ap. 1:11; capítulos 2—3). Y había otros lugares notables en Asia Menor, como Colosas, que Pedro ni siquiera menciona. Así que él estaba escribiendo a una gran cantidad de creyentes diseminados como extranjeros espirituales a través de una región pagana y hostil.

Pedro se dirigió a tan amplia audiencia debido a que la persecución romana de cristianos se había extendido a todo el imperio. Los creyentes en todas partes

iban a sufrir (cp. Lc. 21:12; Fil. 1:29; Stg. 1:1-3). El apóstol quería que esos cristianos recordaran que en medio de sufrimiento y dificultades potencialmente enormes aún eran los escogidos de Dios, y que como tales podían enfrentar persecución con esperanza triunfante (cp. 4:13, 16, 19; Ro. 8:35-39; 2 Ti. 3:11; He. 10:34-36).

NATURALEZA DE LA ELECCIÓN

elegidos (1:2a)

Como expatriados espirituales, lo más importante para los lectores de Pedro no era su relación con la tierra sino su relación con el cielo. Al describir la esperanza de Abraham, el escritor de Hebreos declaró: “Esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (11:10; cp. vv. 13-16; Jn. 14:1-3; Fil. 3:20).

Con la comprensión de esa verdad, Pedro identifica a sus lectores como **elegidos** (*eklektos*). El apóstol reitera esta idea en 2:9: “Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”. Las alusiones de Pedro al Antiguo Testamento en ese versículo dejan en claro su comprensión de que Dios había escogido soberanamente a Israel: “Tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra” (Dt. 7:6; cp. 14:2; Sal. 105:43; 135:4).

El amor soberano de Dios también dio lugar a su elección de la Iglesia. El apóstol Pablo informó a la iglesia en Éfeso: “En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11). A los tesalonicenses declaró: “Nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad” (2 Ts. 2:13; cp. Jn. 15:16; Ro. 8:29-30; 1 Co. 1:27; Ef. 1:4-5; 2:10; Col. 3:12; 1 Ts. 1:4; Tit. 1:1).

Jesús tampoco dudó en enseñar sin ambigüedades ni complejos la verdad de la elección: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero” (Jn. 6:44); “no hablo de todos vosotros; yo sé a quienes he elegido” (13:18; cp. Lc. 10:20; 18:7; Jn. 17:6, 9). El Señor supuso la verdad de la elección divina en su discurso del Monte de los Olivos, haciendo referencia indirecta a esta en tres ocasiones: “Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados” (Mt. 24:22; véase también vv. 24, 31; Mr. 13:20).

Dios ha escogido personas de todo el mundo (Ap. 5:9; 7:9; cp. Jn. 10:16;

Hch. 15:14) para que le pertenezcan, y la Iglesia son esas personas (cp. Ro. 8:29; Ef. 5:27). A lo largo del Nuevo Testamento esta verdad se presenta claramente (2:8-9; Mt. 24:22, 24, 31; Lc. 18:7; Col. 3:12; Tit. 1:1-2; Stg. 2:5). El apóstol Juan cita reiteradamente a Jesús diciendo que el Padre da el Hijo a quien Él escoge:

Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Murmuraban entonces de él los judíos, porque había dicho: Yo soy el pan que descendió del cielo. Y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo, pues, dice éste: Del cielo he descendido? Jesús respondió y les dijo: No murmuréis entre vosotros. Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero. Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí (Jn. 6:37-45).

He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra... Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera... Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo (17:6, 12, 24).

Los escogidos son expresiones del amor del Padre por el Hijo. Todos los que el Padre da, el Hijo recibe; y el Hijo los protege y los resucita a vida eterna. En principio, Jesús reveló esto a sus discípulos en el aposento alto: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé” (Jn. 15:16). Juan 5:21 afirma: “Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida”. Lucas narra la elección soberana que Dios hizo de la iglesia en Pisidia durante el primer viaje misionero de Pablo:

Entonces Pablo y Bernabé, hablando con denuedo, dijeron: A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios; mas puesto que la deseáis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles. Porque así nos ha mandado el Señor, diciendo: Te he puesto para luz

de los gentiles, a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra. Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna. Y la palabra del Señor se difundía por toda aquella provincia (Hch. 13:46-49).

Pablo escribió con claridad la verdad de que la elección es totalmente consecuencia del propósito soberano y de la gracia de Dios, “quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2 Ti. 1:9). El gran apóstol define más adelante esta verdad en Romanos 8:28-30:

Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.

Juan destaca además lo eterno de la elección al final del Nuevo Testamento cuando observa que el libro de la vida existió desde antes de la fundación del mundo (Ap. 13:8; 17:8; cp. 3:5; 20:12, 15; 21:27). Desde la eternidad pasada, Dios ha tenido en mente un enorme cuerpo de creyentes a los que decidió amar (1 Jn. 4:10; cp. Ro. 10:20), para salvarlos de su pecado (Ef. 2:1-5; Col. 2:13), y conformarlos a la imagen de su Hijo (Ro. 8:29; 1 Co. 1:7-9; 2 Co. 3:18; Jud. 24-25). Y cada uno de esos nombres, de toda nacionalidad y época de la historia, Dios lo aseguró específicamente en propósito eterno antes de que el mundo comenzara.

EL ORIGEN DE LA ELECCIÓN

según la presciencia de Dios Padre (1:2a)

Una explicación popular para la elección de parte de aquellos que no pueden aceptar la decisión soberana de Dios basada en nada más que su propia voluntad, se deriva de una mala comprensión de la **presciencia**. Según esa comprensión, el término simplemente significa adivinación o conocimiento sobrenatural del futuro. Los proponentes afirman que Dios en su omnisciencia miró los corredores del tiempo y vio quién creería el evangelio y quién no lo creería. Entonces eligió para la salvación a todos aquellos que Él sabía que decidirían creer, y les garantizó que llegarían al cielo. Sin embargo, hay por lo menos tres

razones de que tal interpretación de **presciencia** no es bíblica. Primera, hace al hombre soberano en la salvación en lugar de Dios, aunque Jesús afirmó la soberanía suya y del Padre cuando les dijo a sus discípulos: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros” (Jn. 15:16; cp. Ro. 9:11-13, 16). Segunda, esta interpretación da al hombre un mérito excesivo por su propia salvación, lo que le permite participar de la gloria que pertenece solo a Dios. El conocido pasaje de la salvación, Efesios 2:8-9, acaba con esa noción: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que *nadie se gloríe*” (cursivas añadidas; cp. 1 Co. 1:29, 31). Tercera, supone que el hombre caído puede buscar a Dios. Romanos 3:11, citando de Salmos 14:1-3 y 53:1-3, declara sin ambages: “No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios” (cp. Ef. 2:1). El apóstol Juan define con exactitud la iniciativa salvadora de Dios: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 4:10; cp. Ro. 5:8).

Cualquier tipo de definición de la presciencia centrada en el hombre es incompatible con la absoluta soberanía de Dios sobre todas las cosas: “Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero” (Is. 46:9-10; cp. 14:24, 27; Job 42:1-2; Sal. 115:3; 135:6; Jer. 32:17).

El uso de la palabra griega traducida **presciencia** en el versículo 2 también prueba que no puede significar simplemente conocimiento de acontecimientos y actitudes futuras. *Prognōsis* (**presciencia**) se refiere a intención eterna, predestinada, amorosa y salvadora. En 1:20, Pedro usa el verbo relacionado “ya destinado”, una forma de *proginōskō*, en referencia al conocimiento de Dios de la eternidad pasada de que enviaría a su Hijo para redimir a pecadores. El uso de este verbo no puede significar que Dios mirara dentro de la historia futura y viera que Jesús elegiría morir, por lo que lo hizo el Salvador. De la misma manera que Dios Padre conoció de antemano su plan para la crucifixión de Cristo desde antes de la fundación del mundo (Hch. 2:23; cp. 1 P. 2:6), también conoció de antemano a los elegidos. En ningún caso se trató de un asunto de simple información previa acerca de lo que iba a acontecer. Por tanto, **presciencia** implica determinación de parte de Dios de tener una relación con algunos individuos, basado en su plan eterno. Es el propósito divino el que lleva al cumplimiento de la salvación para los pecadores, conseguida por medio de la muerte de Jesucristo en la cruz, no simplemente es un conocimiento anticipado que observa cómo las personas responderán a la oferta de salvación que Dios haría.

En el Antiguo Testamento, “conocer” a alguien podía indicar una relación

sexual (Nm. 31:18, 35; Jue. 21:12; cp. Gn. 19:8). Mucho antes de que Pedro articulara la naturaleza del conocimiento previo de Dios, “Jehová dijo a Moisés: También haré esto que has dicho, por cuanto has hallado gracia en mis ojos, y te he conocido por tu nombre” (Éx. 33:17). En relación con Cristo el Siervo, Isaías 49:1-2 declara: “Oídmme, costas, y escuchad, pueblos lejanos. Jehová me llamó desde el vientre, desde las entrañas de mi madre tuvo mi nombre en memoria. Y puso mi boca como espada aguda, me cubrió con la sombra de su mano; y me puso por saeta bruñida, me guardó en su aljaba”. Dios tuvo una relación predeterminada con el profeta Jeremías: “Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones” (Jer. 1:5). Amós escribió acerca del conocimiento previo de Dios en cuanto a Israel: “A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra” (Am. 3:2). En todas las referencias anteriores no se habla tan solo de que Dios tenga información *respecto de* alguien, sino que Él quería establecer una relación *con* alguien. Y la **presciencia** nos dice que Dios estableció eso por decreto divino antes del inicio del tiempo.

De acuerdo con la continuidad de las Escrituras, la comprensión del conocimiento previo en el Antiguo Testamento aparece otra vez en los evangelios. Jesús, aclarando la verdadera naturaleza de la salvación en su Sermón del Monte, declaró esto acerca de los falsos elegidos: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mt. 7:22-23). Sin duda, Jesús sabía quiénes eran tales individuos, pero no los “conocía” en el sentido de que hubiera predeterminado una relación salvadora con ellos. Esa clase de relación está reservada para sus ovejas: “Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen” (Jn. 10:14; cp. vv. 16, 26-28; 17:9-10, 20-21). La **presciencia** de salvación entonces implica que Dios decide conocer a alguien para tener una relación íntima de salvación, escogiéndolo por consiguiente desde la eternidad pasada para que reciba su amor redentor.

LA ESFERA DE LA ELECCIÓN

en santificación del Espíritu, (1:2b)

La manifestación exterior de la elección de los elegidos hecha por Dios en la eternidad comienza a tiempo **en santificación del Espíritu**. La **santificación** abarca todo lo que **el Espíritu** produce en la salvación: fe (Ef. 2:8), arrepentimiento (Hch. 11:15-18), regeneración (Tit. 3:5) y adopción (Ro. 8:16-17). Por tanto, la elección, el plan de Dios, se convierte en una realidad en la vida del creyente a través de la salvación, la obra de Dios, que el Espíritu Santo lleva a cabo.

La **santificación** (*hagiasmō*) se refiere a separación, consagración y santidad. Primera de Pedro 2:9-10 ilustra el principio: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia”. En la salvación, la **santificación del Espíritu** aparta del pecado a los creyentes para Dios, los separa de la oscuridad y los lleva a la luz, los aparta de la incredulidad y los lleva a la fe, y los aísla misericordiosamente del amor al pecado y los lleva al amor de la justicia (Jn. 3:3-8; Ro.8:2; 2 Co. 5:17; cp. 1 Co. 2:10-16; Ef. 2:1-5; 5:8; Col. 2:13).

Años antes, ante el concilio de Jerusalén, Pedro expresó el mismo principio:

Y después de mucha discusión, Pedro se levantó y les dijo: Varones hermanos, vosotros sabéis cómo ya hace algún tiempo que Dios escogió que los gentiles oyese por mi boca la palabra del evangelio y creyesen. Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros; y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones (Hch. 15:7-9).

El Espíritu Santo limpió por fe los corazones de los gentiles convertidos. Eso pone de relieve una vez más que la salvación es obra del Espíritu (Jn. 3:3-8; cp. Ro. 15:16; 1 Co. 6:11; 1 Ts. 1:4-6; 2 Ts. 2:13; Tit. 3:5).

Una vez que el Espíritu Santo separa en la salvación a los creyentes del pecado, continúa para hacerlos más y más santos (cp. Fil. 1:6) en el proceso progresivo de separación y santificación de por vida (Ro. 12:1-2; 2 Co. 7:1; 1 Ts. 5:23-24; He. 12:14; cp. Ef. 4:24, 30; 2 Ti. 4:18). Pablo dice que Dios eligió a creyentes “para que fuésemos santos y sin mancha delante de él” (Ef. 1:4). Tal situación empieza en la salvación y se completa en la glorificación. El proceso de santificación es la manera en que el propósito redentor de Dios obra en la vida terrenal de los cristianos (cp. Ro. 6:22; Gá. 4:6; Fil. 2:12-13; 2 Ts. 2:13; He. 12:14).

EL EFECTO DE LA ELECCIÓN

para obedecer (1:2c)

La obediencia a Jesucristo es el efecto o subproducto de la elección divina. Efesios 2:10 declara: “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”. **Obedecer** a Jesucristo es entonces equivalente a ser salvos. Pablo lo denominó “la obediencia a la fe” (Ro. 1:5). Los creyentes no obedecen perfecta

y totalmente (1 Jn. 1:8-10; cp. Ro. 7:14-25), pero sin embargo existe un patrón de obediencia en sus vidas, mientras por medio de Cristo se vuelven siervos de la justicia (Ro. 6:17-18; cp. Ro. 8:1-2; 2 Co. 10:5b).

Pablo estaba agradecido por los creyentes tesalonicenses porque vio en sus vidas muchos ejemplos de obediencia a Cristo.

Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones, acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo. Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección; pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros. Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo, de tal manera que habéis sido ejemplo a todos los de Macedonia y de Acaya que han creído. Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada; porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera (1 Ts. 1:2-10).

Todos esos ejemplos (su fe, amor y esperanza en Cristo; la imitación de Pablo y el Señor; su conducta ejemplar delante de los demás; su proclamación de la Palabra; volverse de los ídolos; esperar a Cristo) demostraba verdadera regeneración de los tesalonicenses. (La primera epístola de Juan narra un caso aún más extenso de verdadera salvación como resultado de la obediencia a Cristo [2:3-5; 3:6-10, 24; 5:2-3].)

En la glorificación viene el cumplimiento del propósito de la elección y de la obra final de santificación, cuando los creyentes sean totalmente conformados a Cristo (Ro. 8:29; 1 Jn. 3:2). Hasta entonces, la obediencia es el efecto de la elección.

LA SEGURIDAD DE LA ELECCIÓN

y ser rociados con la sangre de Jesucristo: (1:2d)

Otro componente muy importante y práctico de la elección es la seguridad para el creyente. Esto se afirma en el pasaje citado antes (Jn. 6:37-40), en que Jesús

dijo que no echaría fuera a quienes confían verdaderamente en Él, sino que los resucitaría en el día postrero. Dios indica esa seguridad en que los elegidos son **rociados con la sangre de Jesucristo**. La metáfora de Pedro aquí mira hacia atrás a la época del Antiguo Testamento en que se rociaba sangre sobre el pueblo de Israel. Ese acontecimiento es tan importante que la carta a los Hebreos lo menciona una vez específicamente y otra por alusión (9:19-20; 12:24). El siguiente pasaje en Éxodo describe el extraordinario suceso:

Y Moisés vino y contó al pueblo todas las palabras de Jehová, y todas las leyes; y todo el pueblo respondió a una voz, y dijo: Haremos todas las palabras que Jehová ha dicho. Y Moisés escribió todas las palabras de Jehová, y levantándose de mañana edificó un altar al pie del monte, y doce columnas, según las doce tribus de Israel. Y envió jóvenes de los hijos de Israel, los cuales ofrecieron holocaustos y becerros como sacrificios de paz a Jehová. Y Moisés tomó la mitad de la sangre, y la puso en tazones, y esparció la otra mitad de la sangre sobre el altar. Y tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos. Entonces Moisés tomó la sangre y roció sobre el pueblo, y dijo: He aquí la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas (24:3-8).

Moisés acababa de regresar del monte Sinaí y oralmente revisó la ley para el pueblo de Dios recibida allí. Según afirma el texto, los israelitas respondieron con sumisión comprometiéndose a obedecer todo lo que Dios requería. Esto inició el acuerdo del pacto de decisiones entre Dios y su pueblo (cp. Éx. 19:3—20:17). Bajo la inspiración del Espíritu, Moisés escribió todas las palabras de la ley que acababa de recitar. Cuando terminó, a la mañana siguiente construyó un altar al pie del monte para simbolizar la ratificación del pacto entre Dios y el pueblo. A fin de representar la participación de toda la nación, el altar consistía de doce montones de piedras (columnas), una por cada una de las doce tribus. Para facilitar al pueblo una oportunidad adicional de expresar su determinación de obedecer la ley, Moisés ofreció holocaustos y becerros como ofrendas de paz. Moisés puso la mitad de la sangre de los animales sacrificados en grandes tazones, y la otra mitad la esparció sobre el altar de Dios. Entonces Moisés leyó al pueblo las palabras de la ley que había escrito la noche anterior y los israelitas comenzaron a jurar obediencia. Después de eso, Moisés salpicó al pueblo con la sangre restante de los tazones, y de este modo oficializó de manera visual y ceremonial la promesa y el compromiso de obediencia por parte del pueblo. La sangre derramada era una demostración tangible de que dos partes habían hecho un compromiso vinculante (cp. Gn. 15:9-18; Jer. 34:18-19). Israel hizo una promesa de obediencia a Dios, mediada a través de un sacrificio. La sangre esparcida sobre el altar representaba el pacto de Dios para revelar su ley, y

la sangre esparcida sobre el pueblo significaba la aceptación de obedecer por parte del pueblo.

El Espíritu Santo compara ese compromiso excepcional con el pacto inherente en la fe salvadora en Jesucristo, la cual conlleva una promesa similar de obedecer la Palabra del Señor. Cuando los creyentes confían en el sacrificio expiatorio de Cristo por ellos, no solo aceptan el beneficio de su muerte a su favor, también se están sometiendo a su señorío soberano (cp. Mt. 7:24-27; 1 Ts. 1:9; 2:13; Stg. 1:21-23). Y la sangre de Cristo derramada en la cruz actúa como un sello para ese pacto. Es más, la noche antes de su muerte, cuando instituyó la Cena del Señor, Jesús repitió las palabras de Moisés en Éxodo 24:8: “Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mt. 26:27-28). Intrínseca en el nuevo pacto estaba la promesa de que el Señor vendría y redimiría a los pecadores, y estos responderían cumpliendo la Palabra de Dios.

Pedro afirma que cuando los creyentes fueran espiritualmente **rociados con la sangre de Jesucristo**, entrarían en un pacto de obediencia. Años antes, Pedro y los demás apóstoles se refirieron a la verdad de obediencia cuando declararon a los líderes judíos: “A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados. Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen” (Hch. 5:31-32).

Para recapitular la analogía del Antiguo Testamento: la sangre rociada sobre el altar de Dios simbolizaba su compromiso de perdonar (cumplido por completo en la muerte expiatoria de Cristo), y la sangre rociada sobre el pueblo simbolizaba su intención de obedecer la ley de Dios (más plenamente cumplido cuando los cristianos andan en el Espíritu y obedecen la Palabra). Primera de Juan 2:3-6 es inequívoca en cuanto a esta sumisión:

Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo.

Así como una moneda tiene dos caras, el nuevo pacto tiene dos lados: salvación y obediencia. Como resultado de la elección divina, los hijos de Dios reciben salvación del pecado y tienen el afán de obedecerle; y Él promete perdonarlos cuando no lo hacen. La misma sangre de Jesucristo que selló el nuevo pacto sigue limpiando espiritualmente los pecados de los cristianos cuando estos desobedecen (cp. He. 7:25; 9:11-15; 10:12-18; 1 Jn. 1:7).

LAS VENTAJAS DE LA ELECCIÓN

Gracia y paz os sean multiplicadas. (1:2e)

Los saludos de muchas otras epístolas del Nuevo Testamento (p. ej., Ro. 1:7; 1 Co. 1:3; Gá. 1:3; Fil. 1:2; 2 Ts. 1:2; Tit. 1:4; Ap. 1:4) repiten el deseo de Pedro para sus lectores. La idea de tal deseo se deriva aquí del modo optativo del verbo *plēthuntheiē*: **os sean multiplicadas**. El apóstol deseaba para su audiencia la **gracia** de Dios y su **paz** resultante (Ro. 5:1) en su máxima adjudicación o cantidad. Quería que ellos tuvieran lo mejor que Dios puede ofrecer a los creyentes, y que siguiera aumentando para su beneficio.

Pedro anhelaba que los destinatarios de su carta experimentaran todas las ricas y variadas bendiciones de ser los elegidos de Dios. Sin embargo, por lo general hoy día la tendencia es evitar las profundas consecuencias de la elección. A menudo los cristianos justifican tal actitud afirmando que la doctrina es demasiado profunda, demasiado confusa y demasiado divisiva. Pero los creyentes deberían regocijarse por los gloriosos beneficios que resultan al comprender la elección, y este versículo señala algunos de ellos.

Primero, la doctrina de la elección es la verdad que más humildes nos hace en toda la Biblia. Para los creyentes es muy aleccionador darse cuenta de que no tuvieron absolutamente nada que ver con la elección que Dios hiciera de ellos (Jn. 1:12-13; Ro. 9:16). Al entenderla de manera adecuada, la elección aplasta el orgullo moral y religioso, lo que representa una bendición porque Dios da gracia a los humildes (5:5; Pr. 3:34).

Segundo, la elección es una doctrina que exalta a Dios y resalta la adoración porque le concede toda la gloria. Deja en claro que la fe, el arrepentimiento y la capacidad del pecador de obedecer a Dios provienen de Él (cp. Sal. 110:3; Ef. 2:8-9). Solamente Dios puede otorgar perdón a su pueblo, cuando este peca (Pr. 20:9; Mi. 6:7; Ef. 1:7; 1 Jn. 1:7; 3:5). El salmista declara: “No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia, por tu verdad” (Sal. 115:1).

Tercero, otra ventaja de la elección es que produce gran gozo. Aquellos a quienes Dios elige se regocijan porque saben que no tienen esperanza de salvación aparte de la gracia electiva (Jn. 6:44; Hch. 4:12; 1 Ti. 2:5-6). Finalmente, los elegidos habrían perecido para siempre como todos los demás pecadores, si Dios no los hubiera escogido (cp. Ro. 9:29). El Salmo 65:4 expresa en parte: “Bienaventurado el que tú escogieres y atrajeres a ti, para que habite en tus atrios”. Es un gozo supremo para los elegidos considerar que el Señor los ha amado con un amor eterno (cp. Lc. 10:20), desde antes de la fundación del mundo y hasta la eternidad futura.

Cuarto, la elección es beneficiosa porque promete a los cristianos una

eternidad de privilegios espirituales. La expresión reverente de alabanza y gratitud a Dios de parte del apóstol Pablo, con la que inicia su carta a los efesios, es un resumen apropiado de muchos de tales privilegios.

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra. En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo. En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria (Ef. 1:3-14; cp. 1 P. 2:9-10).

Por último, la doctrina de la elección es un poderoso incentivo para una vida santa. Saber que Dios ha separado a los creyentes a causa de su amor especial por ellos es una motivación muy eficaz a vivir para la gloria de Dios. Ese principio sin duda estaba en la mente de Pablo cuando exhortó a los colosenses: “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros” (Col. 3:12-13). La gratitud a Dios por haberlos elegido debería impulsar a los creyentes a llevar una vida de obediencia y santidad.

Si los cristianos ignoran la doctrina de la elección fallan en comprender las glorias de la redención, fallan en honrar la soberanía de Dios y de Cristo, y no valoran los inmensos privilegios espirituales que les pertenecen. Los creyentes de hoy, así como aquellos en la época de Pedro, no deben pasar por alto la doctrina de la elección porque Dios desea que conozcan lo que su gracia ha provisto, y porque toda enseñanza espiritual es motivo para ofrecerle la alabanza que Él merece (cp. Sal. 19:7-9; 119:7, 14-16).

La elección es una verdad tan poderosa que cuando los cristianos la entienden sus ramificaciones prácticas transformarán su manera diaria de vivir. El hecho de que los creyentes conozcan la condición de su elección (que residen en la tierra como extranjeros espirituales a fin de alcanzar a quienes los rodean), la naturaleza de su elección (consecuencia total de la decisión soberana de Dios), la fuente de su elección (que Dios puso su amor en ellos desde la eternidad pasada), la esfera de su elección (que se convierte en una realidad por medio de la santificación del Espíritu Santo), el efecto de su elección (obediencia amorosa a Jesucristo), la seguridad de su elección (el pacto de obediencia que asegura perdón divino), y las ventajas de su elección (los muchos privilegios y bendiciones espirituales disponibles), produce en sus vidas tal poder que nunca podrían apreciar de ninguna otra manera.